

fondo de sus seres, la sangre les afluyó á las sienes, sus corazones fácilmente accesibles al entusiasmo pugnaban por romperse.

Ni un momento dudaron de las palabras de Gedeón.

Sus imaginaciones se colocaban en loca cabalgadura á través de los espacios en busca del fabuloso tesoro que veían flaquear en el lejano horizonte de sus sueños.

Admiraron el estoicismo del viejo Zimbo, compadecieronse de la suerte del señor Josselin y cerraron los puños al nombrar las hazañas de los Blackbaern y de su alma condenada el vizconde de Blaisois.

Pero lo que por encima de todo les interesó fué la figura de la jovencita de la cual acababan de constituirse en protectores, que decía era tan bella, y que estaba dispuesta á emprender bajo su égida, una expedición ante la cual hubiesen retrocedido muchos hombres.

Los jóvenes no titubearon ni un segundo; pertenecían á esa categoría de valientes que metidos en el ruido banal de la vida, viven sin inquietud, pero cuyo heroísmo no espera sino una ocasión para imponerse.

Era tal su entusiasmo que ni en Aristides ni en el repórter se despertó ese instinto profesional que dormita en el alma de cada cual.

El uno no pensó que la historia del señor Josselin le daba materia para una crónica que le colocaría de un golpe entre los maestros del reporterismo; el otro no pensó que este drama, puesto en escena haría, por lo menos durante tres meses, que se llenase el teatro todas las noches.

—¿Es, pues, muy bonita esa señorita Zézette?—dijo sencillamente Galimard.

—¡Bella! ¡Ah! ¡sí! ¡bella, divinamente bella!... ¡más bella que las divinidades fabulosas del Olimpo! ¡más bella que los ángeles del cielo! ¡más aún que el amor!

—¿Y rica?

—Más rica que una reina de Golconde. Sus diamantes escondidos en el Sabi valen ochenta millones.

—¡Ochenta millones, pero esto es un

cuento de las mil y una noches, una aventura á lo Montecristo!

—¡Y dónde dejás los hermosos papeles que nos están reservados!... Porque vosotros aceptáis, ¿no es esto?

Los tres jóvenes se detuvieron.

El repórter y el empresario cogieron cada uno una de las manos de La Bastide.

—No habrás dudado en ningún momento, supongo, y has debido decirle al señor Benito—dijo Eustaquio.

—¡Le he dicho que podía contar con nosotros! ¡que aceptamos la empresa! ¡que en adelante seremos los defensores, los sirvientes, los esclavos de su hija y que antes dejaremos allí la vida que no devolverla, su herencia!

—¡Has hecho bien! Estamos solos y no tenemos más familia, ni más afecciones sinceras. Uniremos nuestras fuerzas y nuestras voluntades y nos pondremos al servicio de la empresa que abrazamos en común.

—¿Está jurado?

—¡Jurado por la vida y hasta la muerte!

Y Aristides Lavignette cuyo carácter alborotador le llevaba hasta la exageración y sentía necesidad de manifestar su entusiasmo, tiró su sombrero á la altura de un segundo piso, lo recogió con la destreza de un «clown» y gritó por tres veces:

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra por la señorita Montecristo!

IV

A decir verdad, los tres amigos no tenían ganas de acostarse aquella noche.

Entraron en una taberna, y en un rincón aislados por su gusto del resto de los consumidores, hablaron de sus proyectos.

Sin detenerse en los peligros y dudas de la expedición, combinaron planes de batalla que infaliblemente harían que cayeran entre sus manos las personas de la mina.

La exclamación de Aristides había tenido buena acogida, los tres ya no llamaban á la heredera del Cafre, ni señorita Josselin, ni señorita Benito, ni señorita Zézette; para los jóvenes la joven había adquirido algo del prestigio del héroe de